

Cita bibliográfica: Anonym (García de Cañuelo, Luis; Pereira, Luis Marcelino) (Ed.): "Discurso Octavo", en: *El Censor*, Vol.1\08 (1781), pp. 113-127, editado en: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Los "Spectators" en el contexto internacional. Edición digital, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.284

Discurso Octavo

. *Ense velut stricto quoties Lucilius ardens
Infremuit, rubet auditor, cui frigida mens est
Criminibus, taciva sudant praecordia culpa.*

Juven. Sat. 1.

Siempre que contra el vicio enardecido
La sátira Lucilio esgrime, hace
Que à aquel oyente, cuyo pecho frio
Está con los delitos, el semblante
De rubor se le llene, y que oprimido
El peso sienta de la culpa infame.

Un Escritor muy conocido de este siglo¹ ha publicado una larga oracion en elogio de la sátira. Pero à pesar de la eloquencia que le adornaba, y del habito religioso que vestia, una preocupacion bien fundada ha debido hacer su arenga sospechosa. Los declamadores han tomado por asunto formar el elogio de las cosas mas despreciables. Se han visto Panegyricos de la pulga, de la araña, del piojo, del lodo, de la quartana, de la nada, y aun del P mismo. Asi queriendo hacer ostentacion de su ingenio, han hecho una herida mortal à su sencilléz.

Estoy muy lejos de querer solo por ostentacion hacer una apología semejante. El carácter sencillo que me distingue, y el nombre de Censor, que me he arrogado, no me permiten decir mas de lo que siento. Por lo mismo, al proponer mis reflexiones en defensa de la sátira, protesto no decir otra cosa mas de lo que me dicte la razon, y la verdad.

El vulgo tiene formado de la sátira un concepto nada ventajoso. Si se le cree, ella es la enemiga de la paz, la turbadora del sosiego publico, la que roba el nombre à los Ciudadanos, la que confunde la inocencia con el delito, la que subleva en fin los subditos contra sus legitimos Soberanos. Un satirico, semejante al Cadmo de la fabula, cuyos dientes sembrados en la tierra se convierten en serpientes, no sosiega mientras no está envenenando à los demás hombres. Los niños inocentes, los jóvenes moderados, los viejos virtuosos, los muertos mismos son la presa de su diente mordaz y rabioso. Vé aqui en pequeño una pintura de la sátira y del Satirico, segun la opinion comun de las gentes. ¡Pero cuán diferente es mi juicio sobre este punto!

Yo por el contrario afirmo, que la sátira es el apoyo mas firme de la inocencia, es el mejor antidoto contra el vicio, es la barrera mas segura para contener la relaxacion. Mas poderosa todavia que las Leyes, mas fuerte que los discursos pareneticos para mantener à los hombres en su deber, consigue frequentemente efectos, à que estos no pueden alcanzar. Los delitos que se burlan de los castigos, ceden ordinariamente à la acerbidad de la sátira. Es un caustico sin duda, pero un caustico que cura los males mas envejecidos. A manera de aquellos alkalis, que arrojados en el agua cenagosa, turban al punto todas sus partes, la hacen tomar un color muy feo, y exalar olores sumamente fétidos; pero que finalmente precipitando todas las particulas estrañas, y evaporando las materias pútridas, dexan un licor claro, puro, y transparente: asi ella muchas veces pone en movimiento à los Ciudadanos, hace gritar à aquellos à quienes hiere, turba alguna otra vez, y aun confunde el sosiego de los

¹ Carlos Poré.

inocentes, y obscurece por algun tiempo su fama; pero finalmente llega la hora en que quitada la máscara al vicio, manifestado sin disfráz el que le exercita, se purgan las heces de la República, se abate la iniquidad, y se coloca sobre sus ruinas à la virtud, la qual se dexa ver entonces en todo su esplendor.

¿Qué remedio se tomará contra un lisongero? ¿Se formarán leyes para castigarle? Mas él sabrá eludirlas. ¿Se le querrá convencer con razones de la fealdad de su delito? Mas él seguirá antes su genio, y el interés que se promete. Pero una sátira viva y picante habrá precisamente de llenarle de rubor, y quando su impudencia rompa este dique, à lo menos se conseguirá el que los demás le conozcan de cerca, y detesten su vil exercicio. Los castigos, las reprehensiones, los razonamientos mas eloquentes son comunmente infructuosos, quando se emplean contra un avaro. Pero la acerbidad de una sátira, formada por un hombre de genio, ha tenido no pocas veces efectos bastante dichosos. Un hablador, un ingrato, un ambicioso, un truhan, un hipócrita, un ocioso no pueden ser corregidos de otro modo que por la sátira. Asi ella es en ciertos delitos el medio unico de desterrarlos: en otros si no es el unico, es sin duda por lo comun el mas eficaz.

Tres Athenienses malvados habian tenido el atrevimiento de formar una calumnia contra el Filosofo mas grande de aquella Republica. En vano Socrates se presentó en el Tribunal à justificarse por medio de una oracion la mas sólida, y mas convincente. En vano sus amigos representaron à los Jueces la inocencia de aquel Filosofo, los beneficios que habia hecho à la República, su moderacion, su desinterés, y su gran sabiduría. Se le quitó en fin la vida. ¿Pero quién lo creyera? Dos lineas de una sátira de Euripides en la tragedia *Palamedes* produjeron mas efecto que la defensa de Socrates, y las de sus amigos. El Pueblo entonces abrió los ojos; se pidió cuenta à los acusadores de la sangre inocente que havian hecho derramar; Melito fue condenado à muerte, y los otros cómplices desterrados. Los Ciudadanos llegaron à detestarlos tanto, que ni querian darles fuego, ni responderles à lo que preguntaban, ni aun concurrir con ellos en los baños. Yá que no era posible resucitar al muerto, à lo menos se le hizo el honor de erigirle una estatua de mano del célebre Lisipo, colocandola en un sitio de los mas visibles de la Ciudad. No se contentaron con esto: le dieron honores de Heroe y semi-Dios, dedicandole una Capilla, baxo el nombre de Socrateion.

La moral laxa se havia estendido asombrosamente en pocos años. Los Casuistas relajados levantaban su vandera con deshonor del Christianismo, y de la doctrina de Jesu-Christo. Los Protestantes mismos se pasmaban de ver abortar entre nosotros tantos monstruos. Theologos sabios y profundos habian levantado el grito; se habian empeñado con sólidos argumentos en demostrar la falsedad de doctrinas tan perniciosas. El Clero de Francia, los Obispos mas zelosos por medio de Pastorales, la Cabeza misma de la Iglesia por censuras procuraron cortar las cabezas de esta hydra. Pero ella retoñando à medida que se aplicaba la segúr, crecia cada dia mas y mas; y los halagadores de las pasiones llevaban adelante unas opiniones, que se apoyaban solamente en la flaqueza de nuestra carne, y en las sugeriones del enemigo comun. En este tiempo aparecieron diez y ocho cartas, sátira viva, picante, nerviosa, que corrió el velo que cubria los ojos de todos, y quitó la máscara à la iniquidad. Entonces fue quando de repente comenzó à temblar el Coloso, que antes era tan sostenido. Los Theologos zelosos se aprovecharon de tan bella ocasion para asegurar sus golpes. Cayó en fin hecha pedazos aquella monstruosa estatua; y si ahora se conserva tal vez alguna pieza suya; se convierte en polvo al punto que se pretende tocarla, ¡Qué poder, qué imperio tan grande el de la sátira sobre el corazon del hombre!²

Se me preguntará, ¿quál es la causa de una influencia tan poderosa? Responderé, que tal es la condicion de nuestra naturaleza, que siendo nuestra principal parte la razon, obedecemos las menos veces à sus voces. La pintura y la música obran en nosotros friamente, quando solo nos conducen à reflexiones abstractas; pero nos mueven fuertemente quando excitan nuestra imaginacion. La poesia es un esqueleto árido, quando no es capaz de enardecer nuestra fantasía. La Retórica, aquella arte que tiene entre sus objetos el persuadirnos, ¡quán estériles frutos consigue, quando no se vale de las imagenes vivas, y de las figuras pateticas! Pero quando usa de ellas, entonces es quando à manera de un torrente impetuoso trastorna, derriba, arrebata todo aquello que se le pone delante. Es preciso confesarlo: La demostracion filosofica podrá ser utilisima por sí sola, quando se trata de averiguar la verdad. Pero si se trata de poner al hombre en movimiento, de excitarle à la práctica del bien, de hacerle detestar eficazmente el vicio, es necesario implorar el socorro de todas las artes de la imaginacion.

² Debe advertirse no obstante, que la letura de estas Cartas no está permitida à todos indiferentemente por justisimas razones que para ello ha habido.

Un verdadero Filósofo no tendrá rubor de cederlas esta gloria, quando à expensas de esta confesion ingenua logra conocerse à sí mismo, y à los demás hombres. No es, pues, de maravillar, que hablando la sátira à la imaginacion, pintando con tanta expresion, haciendo al vicioso el objeto de la burla y del escarnio de todos; consiga unos efectos que no son concedidos à la persuasion simple, al convencimiento, y aun à la fuerza del castigo, y à la esperanza con que lisongean los premios mas considerables. Asi sabemos que hacen mas impresion en Londres los Papeles satiricos, que se esparcen contra las costumbres relaxadas, que los Sermones que predicán los Ministros Protestantes.

Pero se dirá, que bajo el nombre de sátira, suele la malignidad introducir calumnias feas, imposturas atroces, pinturas à veces las mas lisonjeras del vicio y la relaxacion. Sí, yo lo confieso. Esto es demasiado frequente. ¿Pero sería razon por esto privarnos enteramente de una medicina, que nos procura tantos bienes? ¿Qué se diría de un hombre, que quisiese privarse de todo genero de manjares, por no exponerse à recibir tal vez en ellos algun veneno, que le quitase la vida? No niego que obraria prudentemente, si tomase todas las precauciones que pudiese, para que no se envenenasen los alimentos; pero abstenerse de ellos, con temor de que pudiesen darle la muerte, sería ciertamente la mayor necesidad. Apenas habrá cosa por buena y util que sea, bajo cuyo pretexto no pueda ofendernos gravemente. Querer por esto usar de ella con examen, es prudencia; pero vedar enteramente su uso, sería el colmo de la locura.

Se dirá mas. La sátira es un instrumento del que se puede igualmente usar en bien, y en daño de los hombres. Es una arma que igualmente sirve para defendernos la vida, que para quitarnosla. Quando asi fuese, aun no sería permitido privarnos enteramente de su uso. ¿Quántas cosas usamos en la Sociedad, que igualmente son a proposito para nuestro daño, y para nuestro provecho? Las armas mismas, para valernos del exemplo que se nos objeta, ¿no sirven igualmente para herir al hombre, que para ponerle en salvo? No obstante, ¿quién dirá con razon, que deberán por esto prohibirse absolutamente? Una Política ilustrada ha establecido leyes, que son capaces de refrenar los abusos en esta parte; pero sin intentar jamás abolir un instrumento tan util à la Sociedad. ¿Por que no habremos igualmente de establecer lo mismo en la sátira, aun quando ella fuese una regla, que se acomodase à todas las medidas?

Pero yo adelanto mas. Aseguro que la sátira, no solo no es un instrumento de esta naturaleza, sino que jamas de ella se puede hacer mal uso. Sí por cierto. En otras cosas, aunque se abuse notablemente de ellas, jamás se pierde su naturaleza. Son siempre en su abuso las mismas, que eran en su buen uso. Nuestras Comedias están à cada paso sembradas de pasages obscenos: no obstante, ellas serian igualmente Comedias, siempre que estuviesen formadas segun las reglas del arte, à pesar de estos defectos, como lo son las de Plauto. Aquellas oraciones fúnebres que oímos frequentemente, no pierden el caracter que las distingue, aunque algunas veces por envilecimiento de los Oradores, y una práctica ridicula, sean mas bien un holocausto consagrado à los puestos, que à una virtud eminente y distinguida. No sucede asi con la sátira. Un escrito destinado à poner en honor el vicio, à producir la sedicion, à retraer à los hombres de sus obligaciones legitimas, à hacer publicos algunos delitos, reales en efecto, pero ocultos; solo tendrá el nombre de sátira, por una injusticia hecha à la sátira misma. Esto será con un nombre calumnioso, con un titulo denigrativo è infamatorio querer desacreditarla à ella, y privar à los Pueblos de los preciosos bienes, que es capaz de procurarles. Confesemos, pues, de buena fé, que al punto que un Escritor satirico degenera en calumniar à los demás, en dar honor al vicio, ò en publicar los crímenes ocultos, su escrito que al principio era satirico, se ha transformado en otra especie diferente. Yá desde entonces no será sino un libelo digno de proscribirse por las leyes, y de recogerse por los Magistrados. La sátira tiene los mismos limites que la historia. Asi los muertos, como los vivos son igualmente acreedores à su honor. No es licito al Historiador correr el velo à aquellas faltas, que aunque verdaderas, han estado siempre ocultas y desconocidas de los demás. Pero es justo que dé un testimonio à la posteridad de los vicios, y malas calidades que han afeado à los hombres delinquentes. Este es un castigo justo, y necesario para exemplo de los otros. El Satirico igualmente debe procurar hacer detestable el vicio, y à los viciosos, quando sus crímenes son conocidos. Este será un freno el mas poderoso para contener à los malos, y para apartar à los demás de su imitacion.

Tal es la idéa que han tenido los Sabios de todos los tiempos de la sátira, y de los Satiricos. Los hombres mas grandes, asi antiguos, como modernos, al paso que han detestado la calumnia y la infamia, han tenido al mismo tiempo por conveniente tratar de intento à cerca de la sátira, y dar reglas para su formacion. Es muy digna de notarse aqui la legislacion de los Romanos sobre este punto. Esta sábia República tenia establecida la pena de

muerte muy raras veces, y solo por crímenes muy graves. Con todo eso, en las leyes de las doce tablas se hallaba impuesta esta pena contra qualquiera, que por medio de algun escrito huviese desacreditado à un Ciudadano. Las gentes de nuestros días creerian ver en esta ley castigados los Satiricos, y desterrado este exercicio de entre los Romanos, como la peste de la República. Pero es todo lo contrario; la sátira, no solo no se castigaba, sino que estaba en mucho honor en aquel Pueblo sábio. Los Lucilios, los Ennios, los Horacios, los Persios, los Juvenales, los Estacios, los Marciales, y otros Satiricos consiguieron la estimacion de los principales Magistrados, y de los Generales mas ilustres, que ha tenido la República mas célebre, y la Capital del Mundo. Ve aqui la diferencia que ella hacía entre las obras satiricas y los libelos infamatorios. Los Autores de aquellas eran animados por la politica, quando los de estos eran detestados por las leyes. Los primeros eran coronados publicamente, al tiempo mismo que los segundos eran conducidos con ignominia al cadalso. Leccion verdaderamente la mas importante para nosotros, à fin de despojarnos de las preocupaciones que se tienen comunmente contra la sátira, y de impedir se envuelva en la suerte que merece la calumnia.

Filosofos de nuestros tiempos, que no pocas veces os empleais en ridiculizar las verdades mas claras y mas necesarias, ¿no sería mejor que empleaseis vuestro pincél en dibujar el caracter del vicio, en dár à conocer los viciosos, en trazar el retrato de tantas costumbres ridiculas verdaderamente, apoyadas sobre la moda, sobre el capricho, y sobre los movimientos de ciertos corazones que ha corrompido el luxo, y la afeminacion? Vosotros seriais aborrecidos de muchos; yo no lo niego. ¿Pero qué otros serian los que os aborreciesen, sino los viciosos? La virtud de que tanto os gloriais sería el premio mas dulce de vuestro trabajo.